

Historia íntima del amor masculino¹

*Federico Jeanmaire*²

¹ En este número tenemos la oportunidad de compartir con ustedes la primera parte del borrador de una novela posible. Las siguientes partes se publicarán en los próximos números, y como es un texto que no tiene aún su versión final, hemos decidido respetar el diseño y el formato original.

² **Federico Jeanmaire** (Baradero, Argentina, 1957) es licenciado en Letras, profesor universitario y especialista en El Quijote. Como investigador del Siglo de Oro, fue becado en 1990 por el Ministerio de Relaciones Exteriores de España

Las calles de París habían estallado imaginando un porvenir distinto para el universo, hacía poco que Racing se había consagrado campeón del mundo, en apenas unos meses el hombre iba a saltar como si nada sobre la superficie de la luna, ya había hippies y píldoras anticonceptivas y mi madre, que parecía no haberse enterado de ninguno de estos asuntos, me mandaba a la habitación a los gritos, me hacía sacar el vaquero y me obligaba a ponerme el pantalón corto para ir a la plaza.

Era domingo.

La sagrada noche del domingo en mi pueblo.

Había quedado con Vicente y con Roque para dar vueltas a la plaza. En aquel tiempo, enero del sesenta y nueve, en mi pueblo los domingos se paseaba dando vueltas a la plaza. Una caminata de doble mano: unos iban para un lado y otros para el otro. Eso permitía que en cada ronda, yo, por ejemplo, pudiese cruzarme con

para trabajar en la Sala de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, en Madrid.

Ese mismo año su libro Miguel, una biografía ficticia de Cervantes, resultó finalista del Premio Herralde de Novela y publicado por la editorial Anagrama. Con su novela Mitre, obtuvo el Premio Especial Ricardo Rojas a la mejor novela argentina escrita entre 1997 y 1999, galardón otorgado por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Asimismo, después de 20 años de estudio, publicó Una lectura del Quijote (Seix-Barral, 2004), un ensayo que lo confirmó como uno de los mejores especialistas y lectores de Cervantes.

Claudia dos veces, frente al Club Social y frente al bar Sportman. Eso también permitía que pudiese sonreírle y que ella me sonriera, que nos miráramos y que las caras de ambos se llenaran de rojos, todo por duplicado en cada vuelta. Unos días antes de aquel domingo, a través de Camila, le había propuesto a Claudia que fuese mi novia. Y ella había aceptado. Aunque, por supuesto, no habíamos hablado del tema entre nosotros, ni siquiera nos habíamos visto demasiado.

Yo le gritaba a mi madre, entre lágrimas, que tenía once años y medio.

Pero no doce, repetía ella mientras me obligaba a cambiar el pantalón; que a los doce podría usar el largo, que a los once y medio todavía no, que era muy chico.

Fui igual.

Con mi horrible pantalón corto de gabardina verde claro pinzado, el pantalón de salir.

Lleno de vergüenza y sabiendo de antemano que verme llegar con ese pantalón no les iba a gustar nada ni a Vicente ni a Roque, quienes tenían un par de años más que yo. Sin embargo, las ganas de cruzarme a Claudia en la plaza era impostergable: me sequé las lágrimas y fui.

Claudia es el primer recuerdo que tengo de una sensación parecida al amor por una mujer. El último

de mis recuerdos tiene otro nombre, pongámosle Marcela, cualquiera, no importa, y es de hace apenas unos días atrás, exactamente cincuenta y un años y dos meses más tarde.

Es inexplicable, el amor. En ambos casos. O, mejor, en todos los casos: también resultan igual de inexplicables cada uno de los amores que me tocó en suerte vivir durante el poco más de medio siglo que separa al uno del otro.

Una suerte inexplicable, el amor por una mujer.
Siempre.

El largo de un pantalón importaba. Lo sabía. O al menos lo intuían mis escasos once años y medio de edad. Algunas semanas atrás, cuando fui a buscar a Marcela a la parada del ciento sesenta y ocho, por supuesto tenía puestos unos vaqueros, ahora jeans, tan largos que casi me tapaban por completo las sandalias de cuero.

Importaba, exactamente igual que hace cincuenta y un años y dos meses, qué pantalón.

También, claro, qué remera: la negra, la nueva, la que me gusta más. La que creo me queda mejor. Nadie podía oponerse. Por fortuna, ahora vivo a un montón de kilómetros de las estrictas normas de mi madre.

A propósito de pantalones.

Durante mi infancia, el pantalón era algo que solo utilizaban los varones. Las mujeres no. De ninguna manera. Esa costumbre cambió, precisamente, en aquellos años: un buen día, poco antes de las minifaldas, las mujeres comenzaron a ponerse los pantalones. En los muchos sentidos que esconde la frase. Incluido, claro, el más visible y más ordinario de esos sentidos. A mi pueblo, por supuesto, la moda llegó bastante más tarde. Todo solía llegar bastante más tarde a mi pueblo.

Hace unos días, podría haber ido en pantalón corto a esperar a Marcela.

Ahora se lleva, hasta queda bien.

Pero no. El trauma de aquel domingo de mi niñez todavía me acompaña. No me gustan los pantalones cortos. Me siento incómodo con ellos. A pesar del calor y a pesar de cualquier otro pesar.

Y a propósito de mi madre.

No tuve hermanas. Sospecho que en el caso de haberlas tenido, mi historia amorosa no sería la misma: hubiese aprendido desde la infancia a conocer más variantes de lo femenino. Pero no. Solo tuve un

hermano. Entonces, mi aprendizaje primordial acerca de la mujer, se circunscribió a mi madre.

Una partida escasa.

Y también una marca para toda la vida.

Lo físico y, sobre todo, la impresión que nuestra presencia pueda causar en el otro, tienen que ver con la posibilidad o la imposibilidad de algún principio amoroso.

Aunque no sé qué tanto.

Intento recordar a Claudia y lo primero, en verdad casi lo único que viene a mi mente, además de su flequillo castaño, es la bicicleta en la que se turnaban para pedalear ella y su hermana mayor. La familia había llegado al pueblo hacía poco. Venían de vivir en Norteamérica. Y el manubrio de esa bicicleta que habían traído desde el futuro rico de la humanidad era increíble: algo o muy parecido a los de las motos Harley-Davidson que había visto en fotos. También el asiento era diferente a los nuestros, medio metro más largo, más angosto, con una elevación en la parte final y de color claro. Hoy, y no en aquel momento por supuesto, estoy convencido de que resulta casi natural enamorarse de una bicicleta a los once años y medio. Bastante más fácil que enamorarse del flequillo o del cuerpo o de la inteligencia o del modo en que caminaba alrededor de la plaza la dueña de aquel manubrio y de aquel asiento.

No había ningún deseo más o menos sexual escondido detrás del manubrio que ayudó tanto a que me enamorara de Claudia, quizá solo la posibilidad de que nuestro reciente noviazgo facilitara que ella, algún día, me prestara su bici. En la elección del jean y las sandalias y la remera negra nueva a la hora de ir a buscar a Marcela a la parada del colectivo hace unos días, en cambio, había un poco de todo. De todo menos un manubrio o un asiento de bicicleta futurista.

He escuchado y leído bastante acerca del momento crucial en que la mujer comienza a menstruar. También acerca del momento a veces simultáneo en que sus pechos crecen. Ante cambios físicos tan rotundos, resulta obvio que las chicas no atiendan al repentino crecimiento de su bello púbcico. Resulta un tema absolutamente menor respecto de los otros dos.

Pero en los varones.

Es la única modificación sustancial.

Somos hombres a medida que el pelo va cubriendo nuestros genitales. Más o menos para la misma época en que mi madre no autorizaba el uso de los pantalones largos. Sospecho que la costumbre estaba ligada a la presencia o a la ausencia de pelo en esa zona. Y

también sospecho que mi madre sabía perfectamente que yo era lampiño.

La falta de pelo era un problema.

A los que ya les había crecido presumían de ello en los vestuarios. A mí, no. Se trataba de un defecto que debía esconder detrás de alguna toalla. Era la única modificación sustancial en los varones, y a mí no me pasaba. Tampoco me crecían pelos en las axilas. Todavía hoy, no me crecen. Aunque, por suerte, el asunto ha dejado de ser un problema.

Don Quijote tarda cuatro días en encontrarle un nombre apropiado a su rocín. Y ocho, justo el doble, en hallar un nombre conveniente para sí mismo. Solo le falta un amor. Una enamorada. Lo sabe incluso en medio de la locura que le ha provocado tanta lectura. Así es como crea a su señora Dulcinea a partir del vago recuerdo de Aldonza Lorenzo, una moza labradora que habitaba en una aldea cercana a la suya y de la que había estado prendado en el pasado.

El tiempo y el amor.

Cuatro días necesita para nombrar a su caballo, ocho para llamarse a sí mismo Don Quijote y no hay ninguna precisión acerca de cuánto le lleva la entrañable tarea de bautizar a su amada.

Los varones más grandes aprovechaban y, en una cualquiera de las infinitas vueltas a la plaza, se las ingeniaban para detenerse a charlar en alguna esquina con sus respectivas novias. Yo no. Por supuesto que no. Solo fueron miradas, sonrisas, cabezas que se agachaban y mejillas rojas.

La timidez es uno de los rasgos constitutivos de mi personalidad amorosa. Aunque no se haya manifestado siempre de la misma manera. Ha tomado peregrinas formas a lo largo de la vida. Las mejillas rojas o no poder sostener la mirada es algo que se dio solo en aquellos primeros años. Después no. Después pasó que casi nunca supe decir lo que tenía que decir en el tiempo más o menos oportuno en que el resto de los seres humanos lo hacen.

Tardo.

Me cuesta.

Y no es que se trate de que necesite esperar más que los demás para saber que quiero tener algo con una mujer, se trata de la bendita timidez: muchas veces no me animo a decir lo que debo decir en el momento en que debo decirlo. Eso fue lo que me ocurrió con Marcela. También. Aunque, en mi defensa, podría alegar que bastante peor resulta el caso de Don Quijote: el hidalgo jamás de los jamases se animó a expresarle sus ganas de tener algo con ella, a la auténtica Aldonza Lorenzo.

Una suerte inexplicable, el amor.

Suerte porque nos permite acceder a dimensiones que desconocíamos del mundo y de nosotros mismos. Vemos más cosas y les ponemos colores más brillantes a aquellas que veíamos antes del amor. Se abre una puerta y se cierran otras. La vida se multiplica. Se excede. Se pone muchísimo más linda. Sin embargo, no creo que haya nada racional que lo explique. No atendemos a ninguna sumatoria de virtudes o de calidades en la otra persona. Nos enamoramos y punto. Ocurre. Y las explicaciones, si es que existen, suelen ser justificaciones muy posteriores. Asuntos que nos inventamos bastante después del momento mágico en que nos ocurre enamorarnos.

El amor, ese algo mágico, teñía de rojo mis cachetes aquella noche de domingo en la plaza del pueblo. Dos veces por vuelta. Algo que, obviamente, tenía que ver con mi timidez. Pero, también, algo que exhibía mis ganas de Claudia. Las hacía públicas. Se las mostraba a ella al tiempo que las descubría dentro de mí. Sospecho que como no me animaba a decírselo en palabras, se lo comunicaba como podía: a través del color de mis mejillas.

Ella se ponía roja, igual que yo.
Y también bajaba la vista.

¿Significaban lo mismo sus mejillas rojas que las mías? No sé. No lo sabía entonces ni lo sé ahora. Entender las señales amorosas que nos da la otra persona no es tan sencillo. Sospecho que las interpretamos a partir del precario conocimiento que tenemos de nuestras propias señales, que no hacemos mucho más que eso. Y que podemos equivocarnos. Después de dar infinitas vueltas a la plaza, Vicente y Roque me llevaron a la quermese del Club Sportivo. Roque era el hermano mayor de Claudia, entonces, entusiasmado con el rojo de sus mejillas, interpretándolo tan parecido al mío, le pedí le avisara que el martes a la mañana iba a pasar a buscarla por su casa con mi precaria bicicleta argentina para dar un paseo.

Podemos equivocarnos.

Por supuesto que podemos equivocarnos interpretando las señales del otro.

Vuelvo a mi madre, la única puerta de ingreso al mundo femenino. Ella se encargaba de la casa, de cuidar a mi hermano y a mí. Esa era su tarea en la vida. Mi padre no hacía nada. Salía a trabajar y volvía tarde.

No trataba mal a mi madre, era un varón, el dueño de la escena hogareña, un tipo que siempre tenía la comida lista y la ropa planchada para cuando decidiera volver a salir. Evidentemente, en aquel mundo había jerarquías y especialización del trabajo. Hasta los retos de mi madre debían esperar el posterior castigo que dictaminara mi padre. Solo había una escala más baja en las jerarquías familiares de aquella época: nosotros, los hijos. Debíamos obedecer a ambos y hacer todo lo que ellos decidían que hiciéramos. Todo. Sin chistar.

La quermese tenía lugar en los lados de una cancha de básquet a cielo abierto. Se podían arrojar pelotas de trapo contra una pirámide de latas, tirar a un blanco con una escopeta de caño bastante torcido, embocar aros en unos palos más etcéteras y etcéteras. Cada acierto tenía su premio, menor o mayor, aunque no recuerdo haber probado suerte, seguramente no había llevado plata como para jugar. Tampoco recuerdo si mis compañeros de aventura lo intentaron. Solo recuerdo que Claudia no estaba, que después de la plaza, ella y Camila y el resto de sus amigas se habían marchado a sus respectivas casas. Son demasiado chicas como para venir a la quermese, me había informado Roque.

Reglas de la época.

No solo de mi madre.

Ella era muy chica, había afirmado Roque muy suelto de cuerpo. Yo, aparentemente, no. Y Claudia, su hermana, la de las mejillas rojas, tenía exactamente mi misma edad.

A uno de los costados de la cancha de básquet, en un rincón, había una calesita. Apenas unos pocos años antes, solía ir allí con mis amigos los sábados. No recuerdo si aquella noche la calesita estaba funcionando. Estar estaba, eso es seguro, una calesita es un artefacto no tan fácil de mudar. Pero se me ocurre que no, que de ninguna manera podía estar funcionando. Sobre una tarima armada con tablones que hacía las veces de escenario a uno de los lados, tocaba música tropical una orquesta y la cancha se había convertido en una enorme pista de baile.

Estaba repleto de gente.

Gente que tomaba mucho alcohol.

No creo que fuera una buena idea hacer girar la calesita dentro de ese contexto.

¿Me sentía solo o me sentía acompañado por los otros chicos mientras observaba cómo bailaban las parejas en mis alrededores?

Supongo que sí, que me sentía completamente solo.

Y lo supongo a partir de cómo es que acostumbro a sentirme en medio de cualquier multitud. La soledad es algo que me acompaña desde siempre. Incluso, o todavía más, cuando me encuentro rodeado de mucha gente.

Tampoco sé cómo es que se habían enamorado o estaban enamorándose, justo durante una cualquiera de las canciones que tocaba la banda, las parejas que bailaban abrazadas sobre las baldosas de la cancha de básquet aquella noche. No lo sé porque no sé cómo es que se enamora el resto de la humanidad. Se me ocurre que debe haber infinitas posibilidades. Aunque siempre a partir de un momento fundacional. Desde algún inicio, más o menos preciso. Una instancia en la que conscientes o sin darnos cuenta terminamos enredados en la telaraña que hemos tejido o ha tejido el otro, también sin darse cuenta o de manera consciente.

Un juego de palabras, de gestos, de señales.

Un juego encantador, el inicio del amor.

Dos o tres semanas antes de la noche de las mejillas rojas alrededor de la plaza, estoy en la puerta de la farmacia de los padres de Camila, charlando con ella acerca del mucho calor que hace, preguntándole si esa

tarde va a ir al club y, de repente, se detiene frente a nosotros una chica que no conozco trepada a la bicicleta que tiene el manubrio más hermoso que haya visto en mis casi once años y medio de vida.

¿Nos saluda o solo la saluda a ella?

No tengo idea, la totalidad de mis sentidos están puestos en el manubrio.

De todos modos, no creo que importe si me saluda o no me saluda aquella mañana, lo que realmente importa es que ese es el preciso instante en el que me enamoro de Claudia. Sin palabras. Sin gestos. Sin señales. Aunque queda, todavía, otro asunto igual de importante sin resolver: si la que irrumpía de repente en medio de mi charla con Camila montada en esa bici era la hermana mayor de Claudia y no ella, ¿me habría enamorado de la hermana?

Acabo de releer lo que escribí algunas líneas atrás acerca de la soledad. De la mía. Y luego acerca del momento exacto en que nació mi amor por Claudia. Creo que ambas cuestiones están ligadas. Íntimamente ligadas. ¿Acaso el amor no es el único remedio que tenemos a mano los seres humanos para no sentirnos tan solos?

Creo que sí.

Aunque no me cueste demasiado reconocer que la mayoría de las personas son bastante más sociables que yo, lo cierto es que esas personas tanto más

sociables que yo, también necesitan enamorarse para no andar solos por la vida. A veces, incluso más. Su soledad, su necesidad de Dulcinea, es aquello que descubre Don Quijote inmediatamente antes de decidirse a salir a cabalgar por el mundo con el deseo de poner un poco de orden y de justicia.

Es lo que descubrimos todos los seres humanos en algún momento. Antes o después de los once años y medio de edad.

De alguna manera, la forma en que Don Quijote se enamora de Dulcinea, sin palabras ni gestos ni señales, no es tan distinta a la forma en que yo me enamoro de Claudia en la puerta de la farmacia de los padres de Camila.

Aldonza es un nombre ordinario.

Un nombre vulgar para la época.

A tal punto que el refrán decía: *A falta de moza, buena es Aldonza*. Para amarla, Don Quijote necesita primero convertirla en princesa y gran señora. Entonces se apura en bautizarla Dulcinea y, en ese acto fundacional, la hace extraordinaria, la hace única, la hace merecedora del amor de un caballero.

No es tan distinto.

En el fondo, o nos enamoramos al ver un manubrio de Harley-Davidson o lo inventamos. Pero, siempre, algún tipo de manubrio fantástico está en el origen de cualquier amor.

No nos alcanza con nuestra propia vida para vivir. Necesitamos de las vidas de los demás. Andan por ahí animales mucho más fuertes que los animales humanos. Animales poderosos que nos someterían en segundos si nos encontraran solos en medio de la selva.

Por eso, también, el amor.

Para compartir lo que sea que haya que compartir.

Para defendernos de nosotros mismos y de los demás. Para que las bestias que andan por ahí no nos coman. Y para que, sobre todo, la soledad de la vida no sea tanta.

Como buena parte de los habitantes del mundo, hace algo más de dos meses que estoy encerrado. Aislamiento obligatorio son las palabras que utiliza el gobierno para nombrar ese encierro. Hay un virus que viaja por las calles dentro de las vías respiratorias de los enfermos. Y no hay remedio ni vacuna que lo cure. El distanciamiento social parece ser la única esperanza para mitigar el contagio.

Entonces.

Estoy solo hace algo más de dos meses.

Y supongo que esa extrema soledad es aquello que me ha llevado a escribir acerca del amor. Por un lado,

la ausencia de alguien que cada tanto me dé un abrazo o me ponga una mano sobre el hombro durante este tiempo brutal. Por el otro lado, la acabada demostración de mi obvia incapacidad para, en cincuenta años de enamoramientos, no haber acertado con uno duradero. No es que me lleve mal con la soledad. Todo lo contrario. Y seguramente ahí, en esa mi eterna necesidad de soledad, esté una de las razones fundamentales a las que deba atribuirle que no haya acertado con un amor duradero.

Una sorpresa indeseable.

La soledad de estas últimas semanas.

Tanto encierro obligado, entre otros males, han terminado por poner en duda hasta las más queridas y escasas certezas que había amontonado en toda una vida.

A Marcela la conocí una tarde. Hace algunos meses...

...

Continúa en el próximo número de Cuarenta Naipes